La riqueza de Hispania proporcionó al Imperio productos vitales para su economía y también militares, intelectuales y tres emperadores. Uno de ellos, Adriano, alcanzó el poder en el 118 d. C. Fue un emperador más pacífico que sus antecesores, pero no era débil, ni blando. La paz que firmó con los pueblos bárbaros creó el ambiente para hacer grandes negocios en Roma.

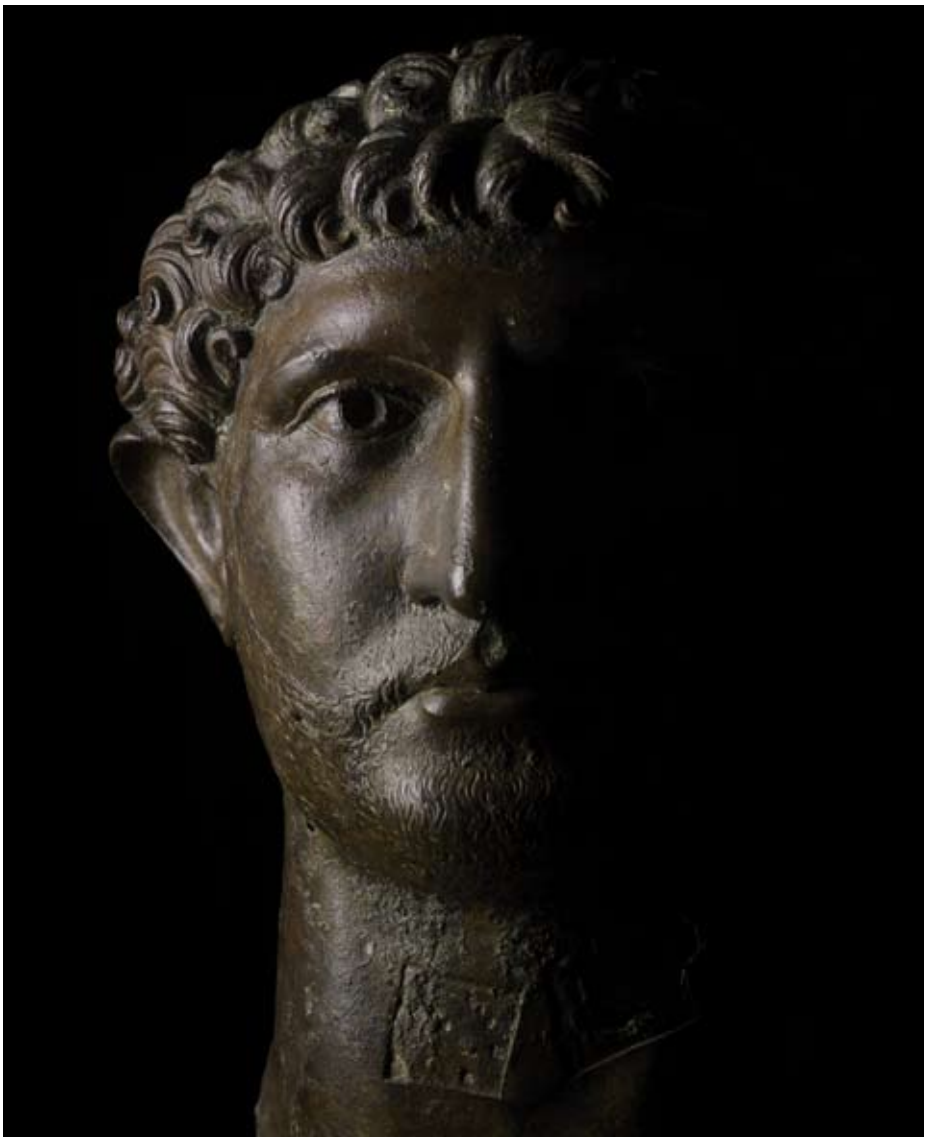
Adriano, un emperador hispano en la Roma Imperial

Fernando Cohnen: texto
Jefe de Prensa del COITT

Cuando llegó al poder en el 117 d.C., Adriano heredó un gigantesco territorio, cuyas fronteras iban de Escocia al desierto del Sahara y de las costas atlánticas de Hispania a Mesopotamia. Adriano nació en Hispalis (Sevilla) y cuando murieron sus padres fue adoptado por Trajano, otro emperador de origen hispano. Poco después de llegar al trono, el joven Adriano comenzó a reforzar los cimientos sobre los que se apoyaba Roma. Ningún otro Imperio había dominado antes sobre tantos pueblos y culturas tan diferentes. Un ejército de unos 500.000 hombres defendía aquel enorme ámbito geográfico que, según cálculos recientes, albergaba a unos sesenta millones de habitantes.

Dicha población se concentraba en áreas dispersas, llegando a rondar los ocho millones de almas en Egipto y un millón en la ciudad de Roma. Fuera de estos dos puntos, había grandes franjas del Imperio muy poco pobladas para lo que son nuestros parámetros", señala el catedrático de Historia Antigua de Oxford, Robin Lane Fox en su libro "El mundo clásico". No obstante, en todas las provincias era necesaria la presencia de destacamentos del ejército romano para mantener la paz

Si el belicoso emperador Trajano guerreó contra los pueblos del Cáucaso y Mesopotamia para añadir territorios a



Cabeza de bronce del emperador Adriano.

Roma, Adriano decidió hacer las paces con ellos y limitar los márgenes del Imperio para protegerlo mejor. Aquella medida inteligente permitió un largo período de tranquilidad que facilitó el crecimiento económico, la prosperidad de las provincias y los grandes negocios en Roma. Salvo la guerra que mantuvo con Judea al final de su vida, Adriano pasó por un hombre pacífico, más volcado a Oriente y menos amante de la milicia y la guerra que Trajano, su padre adoptivo.

Si usted tuviera a mano una máquina del tiempo para viajar al siglo II a. de C. y visitar la Roma de Adriano, se sorprendería del civilizado estilo de vida de sus habitantes. En aquel entonces, las ciudades albergaban sistemas públicos de salud que amparaban a toda la población. Pero algunas familias podían permitirse mayores lujos, como mantener a un esclavo médico que normalmente era considerado como uno más del clan. A su muerte, algunos de aquellos galenos fueron sepultados por sus amos bajo sentidas inscripciones funerarias.

Además de ensalzar las virtudes del difunto, muchos epitafios tenían el tacto de sugerir ideas consoladoras sobre la vida y el más allá. La gente temía a los dioses, porque eran justos, providentes y vengadores. Lucrecio afirmaba que el alma de los agonizantes se veía a veces agitada por el recuerdo de sus faltas y de sus crímenes.

Pero los romanos también sabían disfrutar de la vida, aunque ésta estuviera marcada por la influencia caprichosa de los astros. En aquella época la astrología se consideraba como una doctrina tan científica como el psicoanálisis en nuestros días. Otra cuestión de moda era la defensa a ultranza del mal de ojo. Muchos se hacían esculpir en las entradas de sus villas la imagen de un escorpión, una alimaña simbólica destinada a reventar el gafe y las posibles envidias de sus vecinos.

En las callejuelas de la ciudad proliferaban las tabernas, donde el pueblo llano bebía vino o comía espartanos guisos de legumbres. Los adinerados tenían la posibilidad de degustar un delicioso cabrito al estilo parto. Otros acudían a las tabernas para calentar sus alimentos (no todos los ciudadanos tenían un horno en casa).

Los patricios y los nuevos ricos de Roma se citaban en sus respectivas casas para disfrutar de banquetes pantagruélicos regados con vino rebajado con agua. Esa fascinación por los caldos de la tierra era comprensible en un pueblo que utilizaba al dios Baco como pretexto para formar cofradías especializadas en "cogorzas" multitudinarias.

El Panteón que el emperador ordenó construir en Roma sobre el antiguo templo de Agripa.

En aquella época, los romanos ya no eran tan conservadores y púdicos como lo fueron antes de instaurarse la República. En el siglo II se habían suavizado las severas reglas de conducta de antaño. Los príncipes y el pueblo llano encontraban un infinito placer en transgredir las normas siempre que la ocasión lo requería. En los barrios de Roma proliferaban judíos, negros, germánicos, griegos, sirios y gentes venidas de los rincones más fascinantes del planeta. Ese crisol de razas trapicheaba y vivía en una ciudad siempre bulliciosa. En las tiendas se vendían perfumes orientales, telas finas, joyas, especias de países lejanos y otros objetos de consumo.

Estatua de Adriano.

En sus calles había centros bancarios a los que acudían comerciantes que lograban grandes plusvalías comprando productos de las Galias o de Hispania. Estas operaciones estaban minuciosamente reguladas por los legisladores romanos, que también trataban de vigilar a los expertos en ingeniería financiera, algunos de los cuales acumularon enormes fortunas. Aquellos negocios chocaban con las reglas morales de la época. Como decía un renombrado erudito, "¿para qué tener quince pares de calzado? Basta con dos, de quita y pon, una casa, algunos esclavos, un mobiliario conveniente, y ya se puede ser dichoso".

La gente sencilla condenaba la avaricia y a los tipos que amasaban riquezas sin disfrutar de ellas. Sin embargo, miraban con simpatía a los ricos y los nobles que se entregaban a los placeres y exhibían sin pudor a sus queridas y favoritos. Cuando se topaban con uno de ellos, sucumbían a su encanto. "Este magis-

Vista aérea de la muralla de Adriano en el Reino Unido.

trado está hecho como nosotros", se decían los pobres diablos.

En las inmediaciones del puerto se encontraban los almacenes de los exportadores, cuyas redes de abastecimiento de materias primas se dispersaban por toda la ciudad. Muchos tenían representantes en los principales puertos del Imperio y a través de ellos negociaban la venta de plomo, aceite, vinos, madera, esparto y todo tipo de salazones.

Las plantaciones de olivos andaluzas eran fundamentales para el abastecimiento romano, hasta el punto que todavía hoy se puede visitar en Roma una enorme montaña artificial compuesta por la escoria de las vasijas que contenían el aceite de la Bética. Aquel producto, mezclado con un poco de vinagre y tripas de pescado secadas al sol, era el ingrediente principal del "garum", el "ketchup" del Imperio.

Elaborada en Almería, Málaga y en ciudades del norte del actual Marruecos, aquella salsa se vendía en cantidades industriales en la capital del Imperio.

Entre los escombros del yacimiento romano, los arqueólogos han encontrado algunos restos de vasijas donde todavía pueden leerse mensajes publicitarios de la época: "Aceite de la Bética, almacén general de Córduba".

Pero, ¿cómo se divertían los habitantes de Roma del siglo II d. de C.? El viajero del tiempo tendría el raro privilegio de asistir a los teatros y circos donde se celebraban las grandes festividades. En los juegos organizados por los terratenientes o por las autoridades municipales, los gladiadores y los aurigas más hábiles alcanzaban el mismo grado de popularidad que disfrutan las actuales estrellas de fútbol. "La pasión por las carreras del circo y los combates de la arena le hace competencia al aprendizaje de la elocuencia entre los jóvenes", se quejaba Tácito. Como se ve, pocas cosas han cambiado desde entonces.

El civilizado y muy culto Adriano no tuvo reparos a la hora de organizar memorables funciones de circo en la ciudad de Roma con fieras traídas de África. También ofreció al pueblo jornadas enteras dedicadas a espectáculos sangrientos con seres humanos que morían a decenas tiñendo con su sangre la amarillenta arena del Coliseo. Adriano sabía lo importante que era satisfacer el ocio de los ciudadanos para mantener la calma social en momentos de turbulencia.

Además de acudir al Coliseo, la sociedad romana también rendía culto a literatos como Marcial (siglo I d. C), uno de los personajes más brillantes que aportó Hispania al Imperio. Aquel poeta ambiguo y atractivo que vivía en Roma con el favor del Senado no tenía reparos a la hora de lanzar sus dardos envenenados contra el mismísimo corazón de la aristocracia.

Sin un duro en el bolsillo, el poeta volvió a España, se estableció en Calatayud (Zaragoza) y pegó un milagroso "braguetazo" que le permitió vivir con desahogo los últimos años de su vida. Pero si Marcial brilló con fuerza propia en la capital del Imperio, las obras de otros hispanos, como Séneca, Columela, Pomponio, Mela, Quintiliano, Prudencio y Orosio, también enriquecieron el nivel cultural de la Metrópolis.

En aquellos tiempos, Roma era el mayor centro urbano del antiguo Medite-

Busto de Antínoo.

rráneo. El continuo fluir de inmigrantes llegados de todos los rincones del Imperio animaba la metrópoli, en cuyo corazón se alzaba el senado y la residencia oficial del emperador. A través de un ambicioso programa de construcción, Adriano transformó la fisonomía de la ciudad eterna. Además de dirigir la construcción de su mausoleo, ahora el castillo de San Angelo, el emperador ordenó edificar un Panteón sobre el antiguo templo que construyó Agripa en homenaje a Augusto.

Haciendo gala de su afición a la arquitectura, Adriano dotó al nuevo edificio de una fantástica cúpula en cuyo centro todavía hoy se puede contemplar un orificio que permite la entrada de luz. En su novela histórica "Memorias de Adriano", Marguerite Yourcenar pone en boca del emperador la descripción de aquel templo abierto y secreto. "Las horas girarán en redondo en el centro de este suelo abrillantado con tanto esmero. El disco de luz descansará en él como una rodela de oro. La lluvia formará un charco puro. La plegaria escapará como el humo hacia ese vacío en donde situamos a los dioses".

Busto de Adriano.

Restos de la Villa Adriana, el fastuoso palacio del emperador en Tívoli.

Adriano fue querido en Hispania y también en Roma, y tuvo fama de filósofo. Y lo cierto es que lo fue, y muy bueno. Era un emperador más pacífico que sus antecesores, pero no era débil, ni blando. Representaba la abundancia, la paz, la seguridad y la cultura. Aquel hispano de familia de notables no era nada chovinista. Estaba mucho más imbuido de la cultura griega que de la hispanorromana.

Adriano se dejó la barba, bastante corta, un rasgo que según los romanos desvelaba su fascinación por la cultura helénica. "Sus gustos en materia filosófica se decantaron por la escuela epicúrea, para la cual el miedo a la muerte era una perturbación injustificada y los cuentos sobre la vida en el más allá no eran más que fábulas destinadas a las masas supersticiosas", recuerda Robin Lane Fox.

Antes de alcanzar el poder, la mujer de Trajano, Plotina, que durante años fue amante de Adriano y luego su gran amiga, le arregló un casamiento con Sabina, sobrina nieta de su marido. Una vez alcanzó el poder supremo del Imperio, aquel matrimonio fue una fuente de irritación permanente para Adriano, poco dado a la vida familiar.

Sus constantes viajes por el Imperio y sus escarceos amorosos con otras mujeres y no pocos efebos le hicieron abandonar casi por completo sus deberes conyugales. Adriano prefería la aventura amorosa y los espacios libres que la tediosa rutina doméstica. La puntilla final a su matrimonio la propinó Antínoo, un bello y jovencísimo griego ante el que Adriano cayó rendido.

Dejando aparte su vida sentimental, a Adriano le gustaba también escribir poesía y sentía un notable interés por la arquitectura y el diseño. Dichos gustos pueden apreciarse en los planes que desarrolló en Atenas. "La consideró ciudad 'libre' y la hizo beneficiaria de muchos regalos, uno de los cuales fue una gran biblioteca, con centenares de columnas de mármoles raros", asegura Robin Lane Fox.

En la capital griega concluyó las obras del templo dedicado a Zeus Olímpico y fomentó la creación del sínodo de todos los griegos, el Panhelenion, donde se reunían libremente los delegados venidos de todos los rincones del mundo helénico.

Pocos años después de llegar al poder, Adriano emprendió varios viajes por el Imperio. Los historiadores han tenido la posibilidad de seguir sus itinerarios gracias a las monedas que se acuñaron para conmemorar sus desplazamientos por aquel vasto territorio. En las acuñadas para festejar el viaje de Adriano a Hispania, que se produjo en el invierno del año 122-123, se puede apreciar a una mujer recostada en el suelo que lleva en la mano una rama de olivo, símbolo del magnífico aceite de la Bética

En sus veintiún años en el poder, Adriano finalizó la larga y sangrienta guerra contra los partos, estrechó los márgenes del Imperio para controlarlo mejor y dedicó gran esfuerzo a evitar los choques armados con otros pueblos. Con ese espíritu, Adriano ordenó la construcción de una muralla de contención en Britania para separar a los civilizados ciudadanos de Inglaterra de los muy aguerridos y nada romanizados habitantes de Caledonia (Escocia). Todavía hoy puede admirarse aquella grandiosa obra de ingeniería.

En uno de sus viajes, Adriano visitó las maravillas turísticas del antiguo Egipto acompañado del joven Antínoo, del que se enamoró apasionadamente. Junto a él pudo disfrutar también de la caza, una de sus grandes aficiones. Pero aquel placentero viaje le supuso al emperador el mayor de los reveses, ya que su amante se ahogó en aguas del Nilo. La muerte de Antínoo en el 130 d. de C. le cambió el carácter a Adriano.

Dos años después de la tragedia, el emperador prohibió la circuncisión que practicaban los judíos y proyectó convertir Jerusalén en una ciudad de corte clásico con templos paganos, lo que provocó una gran sublevación en Judea que fue capitaneada por Bar Kochva ("el hijo de la estrella"). La represión romana costó la vida a cientos de miles de judíos.

Al final de su vida, cuando ya llevaba tiempo enfermo y deprimido, el emperador se recluyó en Villa Adriana, un fastuoso palacio situado en Tíbur (la actual Tívoli), muy cerca de Roma, que disponía de tres instalaciones termales, un canal, un teatro, diversas salas conmemorativas e incontables salones. "Las enormes ruinas todavía visibles de esta villa corresponden probablemente a menos de la mitad de su extensión: el resto todavía aguarda a ser excavado", asegura Robin Lane Fox.

El conjunto palaciego de Villa Adriana era como un parque temático de la arquitectura clásica. Por sus jardines paseaba Adriano entre réplicas de los grandes monumentos griegos. Había una Academia, un Liceo y un jardín escondido que era una representación del Hades. En esa fastuosa villa pasó los últimos años de su vida, reviviendo su vida y añorando a su amado Antínoo.

Marguerite Yourcenar recrea los últimos momentos del emperador en su novela "Memorias de Adriano": "Mínima alma mía, tierna y flotante, huésped y compañera de mi cuerpo, descenderás a esos parajes pálidos, rígidos y desnudos, donde habrás de renunciar a los juegos de antaño (...) Tratemos de entrar en la muerte con los ojos abiertos".